

PERSONAS.

ACTORES.

+ ENRIQUETA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
CECILIA.....	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
PEÑALVER.....	DON JOAQUIN ARJONA.
+ CHINCHILLA.....	DON JUAN LOPEZ BENETTI.
+ FERNANDO.....	DON MANUEL OSSORIO.
+ RICARDO.....	DON RAMON MARISCAL.
+ GARCIA.....	DON JOSÉ GARCIA.
+ UN LACAYO....	DON JOSÉ DIEZ.

La accion en Madrid, en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Eduardo Hidalgo, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los corresponsales y agentes de la *Administracion lirico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Despacho de Peñalver, ricamente alhajado. Estanteria, bronceos objetos de arte, muebles suntuosos. Á la derecha un gran bufete con muchos papeles y legajos. Un sillón dorado delante del bufete. Dos puertas laterales: otra en el foro.

ESCENA PRIMERA.

GARCIA y el LACAYO.

Hablan en voz baja cerca de la puerta del foro, que estará abierta, y luego el lacayo se vá por ella. Garcia, con una gran cartera debajo del brazo, se adelanta hácia el proscenio, meneando la cabeza como en señal de disgusto, y se sienta á la izquierda en una silla.

GARCIA. ¡Siempre el mismo! ¡Siempre saltando por todo y haciendo mofa de cuanto hay en el mundo! Qué poco me han gustado á mí nunca los hombres así. ¡Y este... este!... Cuando pienso que el estar yo á su lado es como aceptar el papel de cómplice suyo... Dios sabe que lo siento: Dios sabe que... Ah, la señorita. (Viendo á Cecilia y levantándose con rostro placentero.)

ESCENA II.

GARCIA y CECILIA.

Sale por la izquierda con traje elegante de mañana.

CECILIA. Felices, señor Garcia. ¿Aun no está aqui papá?

GARCIA. No: pero vá á venir en seguida. Acaban de avisarme que ha vuelto.

CECILIA. ¿Que ha vuelto? ¿Pues tan de mañana habia salido?

GARCIA. No... no, señorita. Es decir... si: cuando ha vuelto, claro está que habia salido. No sé dónde tengo la cabeza esta mañana.

CECILIA. Entonces luego le veré, porque ahora voy corriendo á vestirme para salir con mamá. Hasta despues, señor Garcia. Y los nietecitos, ¿siguen bien?

GARCIA. Si, muy bien... Muchas gracias.

CECILIA. Tráigamelos usted mañana. Quiero hacerles un regalito.

GARCIA. ¡Qué buena es usted!

CECILIA. Mañana á las doce, ¿eh? Adios, adios, que me está esperando mamá. (Váse corriendo por la izquierda. Garcia la sigue con la vista enternecido.)

ESCENA III.

GARCIA, y luego PEÑALVER.

GARCIA. Si, si: no hay duda. Esta niña es el ángel guardian de la casa. Su madre es otro ángel... Ninguno de los dos está demas aqui.

PEÑALVER. ¿Se avisó al señor Garcia? (Saliendo por la derecha con traje elegante de gusto inglés y patillas largas, y hablando con alguien que se supone haber dentro.) Ah, si: aqui está. (Viendo á Garcia y acercándose á él.) Buenos días, Lorenzo.

GARCIA. Buenos los tenga usted, señor. (Le dá la cartera y algunas cartas.)

PEÑALVER. Vamos á ver qué es esto. (Sentándose junto al bufete y abriendo la cartera.) Siéntate.

GARCIA. (¿Dónde habrá pasado la noche?) (Refanfuñando.)

PEÑALVER. El canal de Extremadura, bien, ¿eh? (Examinando los papeles que ha sacado de la cartera.)

GARCIA. Si, muy bien, con tal que dure...

PEÑALVER. Anda, cobardon. ¡Siempre con dudas y temores!

GARCIA. Ese negocio me parece de mal agüero. En él se habia arruinado antes el señor Acuña, que es un hombre de bien, y no creo justo que ahora usted, aprovechándose de su trabajo... ¿Por qué no accede usted

á sus súplicas y le dá parte en la especulacion?

PEÑALVER. Mira, Garcia: la historia universal del género humano es que unos sacan las castañas del fuego y otros se las comen.

GARCIA. Tiene familia.

PEÑALVER. Asi tendrá quien le consuele. Déjate de lamentaciones. ¿Qué noticias hay de las obras del ferro-carril? ¿Estarán terminadas para fin de mes?

GARCIA. Parece que si.

PEÑALVER. Ya era tiempo. Ah, dime: ¿y la contrata?

GARCIA. Usted se quedará con ella, de fijo.

PEÑALVER. Sabes que este negocio puede dar un gran resultado. Á tí te lo debo: á tí exclusivamente. Si no andas tan listo, nos gana Salcedo por la mano. Eres hombre que lo entiende.

GARCIA. Mejor pudiera haber empleado mi vida.

PEÑALVER. ¿Cómo es eso, viejo gruñon? ¿No estás contento en mi casa?

GARCIA. Si... y no.

PEÑALVER. Bien, bien: ya hablaremos. ¡Caramba! (Friamente recorriendo una carta con la vista.) ¡Pobre diablo!

GARCIA. ¿Qué hay?

PEÑALVER. Te acuerdas de Gimenez, aquel muchacho que enviamos á Manila?

GARCIA. Si; ¿y qué?

PEÑALVER. Nada: que al desembarcar, se cayó al agua el muy torpe, y se ahogó.

GARCIA. ¡Pobre chico! Será posible?

PEÑALVER. Si, me lo escriben de Cádiz. ¡Qué fastidio! Hay que enviar otro en seguida. Entre los del escritorio, elige el que te parezca mejor.

GARCIA. Debia acabar mal. Tenia un corazon depravado.

PEÑALVER. Lo siento: era muy listo. (Distraído.)

GARCIA. Se fué contra la voluntad de toda su familia. Su madre ha muerto de pena poco há.

PEÑALVER. Si... si... muy listo: prometia mucho.

GARCIA. Yo, señor, creo en la Providencia.

PEÑALVER. ¿Eh? (Prestándole atencion.)

GARCIA. Que yo creo en la Providencia.

PEÑALVER. Tanto mejor para tí.

GARCIA. (Se la encajó.) Si usted no manda otra cosa...

PEÑALVER. No. Dentro de una hora ya habré examinado estos

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

GARCIA. papeles: vuelve por ellos.
 La señora. (Saluda á Enriqueta, que sale por la izquierda.)
 (Se la encajó.) (Váse por el foro.)

ESCENA IV.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

PEÑALVER. ¿Cómo vá? ¿Y Cecilia? Aun no la he visto.
 ENRIQUETA. Pues ella ha venido ya aquí. (Enriqueta manifestará siempre cierto abatimiento y tristeza.) Ahora se está vistiendo para salir conmigo: pero no haya miedo de que deje de traerte su ramito de violetas, como todos los días. ¡Jesus! Primero faltaria la luz en el cielo. ¡Hija de mi alma!
 PEÑALVER. Buen par de loquillas sois las dos. Cecilia, con tu ejemplo, no podía menos de darse á manías novelescas. Tú no eres una mujer de carne y hueso como las demas; tú no vives en la tierra, sino en las nubes. Conque vamos á ver: ¿qué me quieres? ¿qué hay?
 ENRIQUETA. Cecilia y yo hicimos ayer un descubrimiento en nuestra excursion matinal. Ya sabes que ahora casi todos los días me acompaña á visitar á los pobres; porque á medida que la veo mas lanzada en el torbellino del mundo, mas conveniente me parece darle á conocer la parte seria de la vida. Cuando por la mañana ha presenciado un infortunio, por la noche la llevó á un baile con menos temor. Se me figura que así adquiere por la mañana su corazon el temple necesario para resistir á los peligros de por la noche.
 PEÑALVER. No, no hay mal ninguno en que vaya... Y ese descubrimiento ¿es tan plausible como el de las Indias?
 ENRIQUETA. Verás. Yo me dedico principalmente á buscar los pobres que se ocultan. Pues bien, he dado con uno que por fuerza ha de interesarte: un antiguo camarada tuyo, de quien me has hablado alguna vez... Un señor Chinchilla..
 PEÑALVER. ¡Chinchilla! ¡Pues ya lo creo! ¿Conque aun vive el tuno de Chinchilla?
 ENRIQUETA. Vive, pero ¡cómo! Trabaja en una imprenta... copia

manuscritos... ¿qué se yo? Su mujer está enferma.
 PEÑALVER. Hola.
 ENRIQUETA. Cuatro hijos, cuatro; y el mayor no levanta cinco palmos del suelo.
 PEÑALVER. Tómate esa.
 ENRIQUETA. Él ha estado tambien dos meses en cama con una enfermedad muy grave... En fin, una miseria horrible... una desolacion. Me ha dicho que un dia vino á verte y que no le dejaron entrar. Yo le ofrecí que hoy mismo le recibirias. ¿Verdad que le recibirás?
 PEÑALVER. Hija, estoy muy ocupado... tengo mucho que hacer. (Quédase meditabundo.) Sin embargo... quizá pudiera serme útil... Era mozo de chispa, aunque algo poeta y soñador... Quizá con la edad se haya apagado el fuego de aquella imaginacion volcánica; y si él quisiera, con su talento, con su actividad, con su carácter emprendedor... Recuerdo, ademas, que en política tenia ideas que van estando muy en boga.. Pues si señor que puede serme útil. Le recibiré por darte gusto. (Hace sonar un timbre que habrá encima de la mesa.)
 ENRIQUETA. No sabes cuánto te lo agradezco. Haz bien á los demas, ya que á mí...
 PEÑALVER. Pues bueno fuera que te negase un favor tan pequeño. (Como tratando de cortar la conversacion.) Si viene el señor Chinchilla, que pase adelante. (Al lacayo, que se presenta en la puerta del foro.)
 EL LACAYO. ¿El señor Chinchilla? Está bien.
 PEÑALVER. ¡Ah! (Como recordando.) Que entre tambien don Fernando Vidal.
 EL LACAYO. ¿Vidal? Está bien, señor. (Váse.)
 ENRIQUETA. Dime: ¿ese Vidal es?...
 PEÑALVER. Si: el hijo de mi antiguo socio de Cádiz. Hará cuatro ó seis meses que vino á establecerse en Madrid como abogado. Segun me han dicho, no carece de inteligencia, pero la suerte no le ayuda. Su padre era un majadero, y no tuve yo ciertamente la culpa de que se arruinase y luego diera en la ridicula humorada de levantarse la tapa de los sesos. Pero basta que durante algun tiempo fuera mi socio, para que me considere obligado á favorecer á su hijo.

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

ENRIQUETA. Apruebo la idea.

PEÑALVER. Parece ser que ese muchacho observa conducta irreprehensible, y á Ricardo le vendrá bien un amigo que pueda darle buenos ejemplos.

ENRIQUETA. Mucha falta que le hace á Ricardo contraer buenas amistades y dejar las malas. Debieras cuidarte un poco mas de su educacion, y echarle de cuando en cuando algun sermoncito. Anoche estuvo con nosotros en el palco, habia comido de fonda, sin duda, y me hizo pasar un rato!...

PEÑALVER. ¡Oiga! Creo que ha salido á caballo. Cuando vuelva envíamele acá. (Oyese ruido en el foro.) Me parece que es él. (Vá á la puerta del foro.) ¡Ricardo! (Llamándole.)

VOZ RICARDO. Calla, bolonio. Tú tienes la culpa. Le destrozas la boca. (Dentro.)

PEÑALVER. ¡Ricardo! (Llamándole.)

VOZ RICARDO. ¡Bruto! ¡Zopenco! (Dentro.)

ESCENA V.

DICHOS y RICARDO.

Sale por el foro con un látigo en la mano.

RICARDO. Buenos dias, papá. (Dando la mano á Peñalver.) Es mucho mas animal que el caballo.

PEÑALVER. ¿Qué te sucede?

RICARDO. Nada: que ese gagnápiro de Miguel no sabe montar. Por poco se cae del caballo en la plazuela de Santa Ana.

PEÑALVER. Estaria bebido. Y á propósito, Ricardo; el dia que comas de fonda, hazme el favor de no ir al palco de tu madre.

RICARDO. ¿Pues qué, mamá; cometí yo alguna imprudencia?

ENRIQUETA. Si, hijo, si: estuviste desatinado.

RICARDO. ¿De veras? Lo siento. Aunque si tú no me hubieras dicho que os fuera á buscar al teatro... ¡La Norma! Lo he visto ya mas de mil veces; y recuerdo que de puro fastidio, me dió por charlar y hacer burla de todo. ¡Qué diablos! De alguna manera me habia yo de divertír. (Azota el aire con el látigo y vá hácia la iz-

quierda.)

PEÑALVER. Es una cabeza destornillada.

ENRIQUETA. (¡Pobre hijo mio! Si Dios no lo remedia...)

RICARDO. Ah: anoche estaba en el teatro la marquesa de Rio Janeiro, esa brasileña que es ahora la novedad que mas llama la atencion en Madrid. Hombres y mujeres querian comérsela con los ojos: los unos por afición; por envidia las otras. Dicen que su marido es un gran cazador de fieras, y que tiene la gracia de estar siempre rabiando de celos. Yo no sé por qué me ha dado en la nariz que ella y él son un par de farsantes.

PEÑALVER. ¡Ricardo! (En tono de reconvenccion.)

ENRIQUETA. (¡Dios me dé fuerzas!) (Con profunda afliccion y mirando á Peñalver.) Se hace tarde. Hasta luego. Vuelvo á recomendarte á Chinchilla.

PEÑALVER. Quedarás contenta de mí. (Muy afectuoso, apretándole la mano. Enriqueta se vá por el foro.)

ESCENA VI.

PEÑALVER y RICARDO.

Peñalver se sienta en el sillón que hay cerca del bufete. Ricardo se apoya en el respaldo del mismo sillón.

RICARDO. ¿Y cómo te sientes hoy, papá? ¿Estás completamente bueno?

PEÑALVER. ¿Adónde te fuiste anoche despues del teatro?

RICARDO. Me fui como un santo al Casino, papá de mi alma.

PEÑALVER. Y allí ¿qué hiciste?

RICARDO. ¿Qué habia de hacer, papá de mi corazon? Jugar con la mayor tranquilidad del mundo.

PEÑALVER. Y perder, segun me indica ese acceso de ternura filial.

RICARDO. Pero no al treinta y cuarenta: créelo. Al whist fué; al aristocrático y manso whist.

PEÑALVER. ¿Cuánto?

RICARDO. ¿Con que de veras gozas hoy de completa salud, papáito?

PEÑALVER. ¿Cuánto?

RICARDO. ¡Bá! Dos mil duros.

PEÑALVER. Tómalos. (Escribiendo dos renglones en un papel y dándose.) Pero no vuelvas á pedirme ni un solo real para satisfacer deudas de juego. Tu ociosidad es cosa cara.

RICARDO. Gracias. Te quejas de mi ociosidad, ¿eh? Pues te digo que eres injusto. Ahora no quieres que juegue á las cartas, y antes no querías que jugase á la Bolsa.

PEÑALVER. Todo es jugar.

RICARDO. ¡Pero recuerda qué bien empecé! Mi primera operacion desconcertó los cálculos de los banqueros mas sagaces de España y Francia; y dejó á todo el mundo con tanta boca abierta. Tú mismo te quedaste asombrado.

PEÑALVER. ¿Pues no me habia de asombrar?

RICARDO. El resultado fué malo; cierto: pero yo hice en regla la jugada.

PEÑALVER. Y yo la pagué.

RICARDO. Otra vez hubiera podido ganar.

PEÑALVER. Si, tú hubieras podido ganar y yo hubiera podido perder. Lo dicho. Esa es la última deuda que te pago. Pocos jóvenes tendrán para sus gastos particulares una pension tan considerable como la tuya. Conéntate con ella. Mira que si no, te la quito, y te dejo in albis.

RICARDO. Permíteme, papá queridísimo, que lo dude.

PEÑALVER. Te aseguro, hijito, que haces mal en creerte con derecho á disponer de mis bienes, como si fueran tuyos. Quieren las leyes que el hijo sea heredero forzoso de su padre, pero si me apuras mucho, puedo yo darte una sorpresa que no te deje con gana de reir.

RICARDO. Papá, siempre me has tratado como á un camarada, como á un amigo, y ese lenguaje... (Algo desconcertado.)

PEÑALVER. Como á un amigo te seguiré tratando, con tal que me pagues en la misma moneda. Porque ya ves: no parece justo que yo sea tu amigo y que tú seas mi enemigo. Anda, anda, botarate, y dí que me traigan aqui el almuerzo.

RICARDO. (Hasta otra. Es un guapo chico.) (Vase por el foro.)

ESCENA VII.

PEÑALVER y luego el LACAYO.

Peñalver se sienta cerca del bufete, y se ocupa en examinar papeles y leer cartas.

PEÑALVER. Todo vá bien. ¡Ah! (Tomando una carta en la mano.) Parece letra de la marquesa. (Abre la carta.) Si. «El marqués acaba de decirme que hoy iremos á ver á tu esposa. (Leyendo.) Proporcióname ocasion de poder hablar á solas contigo, porque lleva ademas el objeto de pedirte el cuarto segundo de tu casa, que está desalquilado, y no pareceria bien tratar de negocios delante de una señora. Supongo que la noticia te alegrará.» Si; quiere que tambien le pague la casa. «Mucho disimulo por Dios. El marqués está ahora mas celoso que nunca.»

EL LACAYO. Acaba de llegar el señor Chinchilla. (Desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. Que pase. (Sin volver la cabeza. Vase el lacayo.) ¿Será marqués? ¿Será celoso? ¿Será su marido? Á mí, ¿qué me importa? (Suelta la carta y examina otros papeles.)

EL LACAYO. El señor Chinchilla. (Anunciándole desde la puerta del foro. Entra Chinchilla y el lacayo se vá.)

ESCENA VIII.

PEÑALVER y CHINCHILLA.

Peñalver continúa sentado junto al bufete y firma varios documentos. Chinchilla trae frac negro abrochado, muy raído y de hechura algo antigua; corbata negra muy usada con puntas largas y caldas; guantes negros tambien, agujereados por las puntas de los dedos. Sus cabellos y barba, grises, descompuestos y enmarañados; su rostro, flaco y macilento; sus ojos, hundidos. Permanece un rato parado junto á la puerta, dando vueltas entre las manos al sombrero, que de puro viejo habrá perdido ya su forma, y mirando en derredor suyo, como en señal de cortedad, de asombro y confusion. Pausa.

CHINCHILLA. Perdone usted, caballero, que me haya tomado la libertad... (Acercándose un poco, y hablando con dificultad

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

por la emoci6n que le domina.) Pero como su sefiora esposa tuvo ayer la bondad de animarme 6 que viniese...

PEÑALVER. Hola, Chinchilla. ¿C6mo v6? (Sin volver la cabeza, tendi6ndole por encima del hombro la mano izquierda mientras sigue firmando con la derecha.)

CHINCHILLA. ¿Qu6?... ¿C6mo?... (Estrech6ndole la mano.) ¿Usted?... ¿Tú te dignas reconocermé?

PEÑALVER. Pues claro. ¿No te he de reconocer? (Con frialdad.) Y mira, la verdad es que est6s bastante cambiado. (Levant6ndose y contempl6ndole cara 6 cara.) No lo estar6 yo menos, quiz6. Ya ni tú ni yo tenemos veinte a6os, camarada. ¡El buen Chinchilla! Es agradable esto de volverse 6 ver dos amigos despues de larga ausencia, ¿verdad?

CHINCHILLA. ¿Amigo?... ¿Me llamas amigo?... ¿Con que no hay duda? ¿Con que no me desdeñas? Perdona, Antonio mío, perdona... pero te confieso que no esperaba esta acogida. Tú en lo mas alto de la escala social... Yo al pie de la escalera... (Llorando y enjug6ndose los ojos con un pa6uelo.)

PEÑALVER. B6, b6, en eso no has cambiado: eres tan simple como antes. Eh, no hagas pucheros.

CHINCHILLA. Acabo de salir de una enfermedad... Estoy muy d6bil todavía... (Como disculp6ndose.)

PEÑALVER. Con efecto, esa cara... (Salen dos criados por el foro con una mesa en que hay servido un copiaro almuerzo.) Ponedlo ahí: (6 los criados, que dejan la mesa cerca del proscenio.) ¿Quieres almorzar conmigo?

CHINCHILLA. Gracias, muchas gracias, mi querido Antonio... Ya he almorzado. (Con timidez.)

PEÑALVER. No importa. Un convaleciente siempre tiene apetito.

CHINCHILLA. No sé c6mo agradecerle... (Mirando la mesa con curiosidad y asombro.) Me tratas de un modo...

PEÑALVER. Vamos, sí: tomar6s alguna cosilla. Un cubierto, y dejadnos solos. (Uno de los criados pone un cubierto en un lado de la mesa y acerca una silla. V6nse los dos criados.) Prescindiremos de servicios ajenos, 6 trueque de poder hablar sin testigos. Siéntate ahí. (Sent6ndose 6l 6 un lado de la mesa.) ¿No oyes? Siéntate. (Chinchilla se sienta con mucha cortedad.) ¿Cu6nto tiempo ha que no nos veíamos?

CHINCHILLA. ¡Oh! Veinticinco a6os, Antonio. Veinticinco a6os ha que me fuí yo de C6diz.

PEÑALVER. Es verdad. ¡Veinticinco a6os! ¿Quieres que te sirva? Huevos revueltos con trufas: ¿te gustan?

CHINCHILLA. ¿Con trufas, eh? Sí... creo que me gustar6n.

PEÑALVER. ¿Por qu6 diablos no has venido 6 verme antes? Me parece que soy algo conocido en Madrid, y tú no podías ignorar...

CHINCHILLA. Te diré. Aun recordando perfectamente las grandes esperanzas que dabas en tu mocedad, no podía creer que mi antiguo camarada de C6diz, empleado de mala muerte en una casa de comercio, fuese el banquero opulentísimo que con sus aventuras empresas, con sus incalculables ganancias y con su lujo deslumbrador, tiene 6 España entera llena de admiraci6n y envidia. Una vez, al fin, para cerciorarme de la verdad, estuve 6 la puerta de tu casa haciendo centinela, hasta que te ví salir en un coche magnífico. Al verte, el coraz6n me di6 un vuelco, y fué milagro que no me cayese allí redondo.

PEÑALVER. Eres un ni6o con canas. ¿Y por qu6 no volviste otro día? Burdeos. (Ech6ndole vino en una copa.)

CHINCHILLA. Bien: por ser Burdeos...

PEÑALVER. Hiciste muy mal en no volver.

CHINCHILLA. Pero sí volví: solo que como mi facha no es de recibo, tus criados se mostraron conmigo poco benévolo. No insistí, recelando que te hubieras engreído y me recibieses mal. Menester ha sido que tu esposa... que tu noble y excelente esposa... ¡Qu6 mujer, Antonio! ¡Qu6 ángel del cielo!

PEÑALVER. ¿Verdad que sí? *Roasbeef*?... ¿quieres?

CHINCHILLA. Hola, *roasbeef* Buéno: dame un poco de *roasbeef*.

PEÑALVER. Pero sepamos: ¿qu6 es de tu vida?

CHINCHILLA. Soy corrector de pruebas en una imprenta, y cuando me queda algun tiempo libre por la noche, copio manuscritos.

PEÑALVER. ¿Y has empleado veinticinco a6os en conquistar esa posici6n?

CHINCHILLA. Ahí ver6s. (Con tristeza.)

PEÑALVER. ¡Un hombre de tu saber, de tu audacia, de tu energía!...

CHINCHILLA. ¿Qu6 quieres? Todo me ha salido mal. Ya recorda-

BIBLIOTECA ALFONSO X

- rás que tenía ideas un poco avanzadas.
- PEÑALVER. Si: creo que eras republicano. Bebe. (Echándole vino.)
- CHINCHILLA. Republicano... Es decir... Segun y conforme.
- PEÑALVER. Oh, no te disculpes.
- CHINCHILLA. No me disculpo, nada de eso: pero no quiero que me tomes por un corta-cabezas, por un antropófago.
- PEÑALVER. ¡Ah, ya! ¿Tú eres republicano platónico?
- CHINCHILLA. En pocas palabras puedo hacerte mi profesion de fé.
- PEÑALVER. No, no. Mejor será que me cuentes tu vida.
- CHINCHILLA. Enhorabuena. Sabes que al entrar en la edad de la razon, era presa mi alma de una gran idea, de un gran sentimiento, de una gran ilusion tal vez: llenábala entera el amor de la humanidad y el noble afan de ser útil á mis semejantes. No es esto decir que no me propusiese yo hacer fortuna como cada hijo de vecino, pero estaba resuelto á no procurar mi bien, sin procurar al mismo tiempo el de los demas.
- PEÑALVER. Lo dicho: tonto rematado. *¡Foisie gras?*
- CHINCHILLA. Vaya, echá un poquito. Pues bien, Antonio, ahí tienes el bello ideal que he perseguido durante treinta años con infatigable ardor, con heroica perseverancia.
- PEÑALVER. Mayor disparate... Bebe, hombre, bebe. (Echándole vino.)
- CHINCHILLA. Para realizarlo abracé sucesivamente distintas profesiones: fui abogado, funcionario público, periodista, militar, ¿qué sé yo? Y en todas estas carreras, aspirando siempre á moralizar á los hombres, únicamente les merecí desdenes, injusticias y malos tratos.
- PEÑALVER. Mira tú qué pícaros. Sigue. (Echándole vino de Champagne de una botella que antes se habrá ocupado en destapar.)
- CHINCHILLA. No: no me hagas beber (Dando señales de estar muy acolorado.)
- PEÑALVER. Una copita de *Campagne frappé*.
- CHINCHILLA. Ah, *frappé*. Bueno, porque no digas...
- PEÑALVER. Sigue: ¿qué mas?
- CHINCHILLA. He viajado.
- PEÑALVER. ¿Has viajado?
- CHINCHILLA. Mas que el judío errante. Recordarás que era yo muy apasionado de Lord Byron.

- PEÑALVER. No: no lo recuerdo; pero en fin, cuando tú lo dices...
- CHINCHILLA. Su muerte sobre todo, me causaba una envidia!...
- PEÑALVER. Pues mira, chico, lo que es á mí no hay muerte que me parezca bien.
- CHINCHILLA. Cifra toda mi ambicion en morir como él, procurando la emancipacion de un pueblo; consagrándome, por lo menos, á la defensa de alguna buena causa. Asi fué, que me propuse correr adonde quiera que oyese gritar á un oprimido, llorar á una víctima; y ya comprenderás que para cumplir este propósito, tuve que ir...
- PEÑALVER. ¿Adónde?
- CHINCHILLA. ¡Toma! á todas partes. Á Francia, á Valaquia, á Polonia, á Hungría, á Italia... con la particularidad de que jamás entré en refriega de que no saliera mas ó menos estropeado.
- PEÑALVER. ¿Qué fortuna, Chinchilla!
- CHINCHILLA. Tambien lidié en dos repúblicas de América, donde llegué á ser general. En fin, Antonio, ¿qué te diré? Despues de haber corrido de la Ceca á la Meca; despues de haber estado diez veces herido y tres condenado á muerte...
- PEÑALVER. ¡Bá!
- CHINCHILLA. Lo que oyes. Tres veces estuve condenado á ser pasado por las armas. (Dando señales de estar un poco achispado.)
- PEÑALVER. Pero ¿nunca te han fusilado, eh?
- CHINCHILLA. Asi parece. Pues como iba diciendo; despues de veinticinco años de fatigas y penalidades, arruinado, cubierto de cicatrices, proscrito aquí, condenado á muerte allá, te lo confieso aun á riesgo de que me acuses de cobarde, sentí decaer mis fuerzas y me retiré á buen vivir; habiendo sacado en limpio de existencia tan complicada y azarosa, que la especie humana está bastante echadilla á perder, que la paz es mejor que la guerra, que bajo todas las formas de gobierno pueden ser los hombres igualmente esclavos, y que el bien absoluto no está en la tierra, sino en el cielo. ¿Me permites que me aloje un poco la corbata?
- PEÑALVER. Quitatela, si quieres.

CHINCHILLA. Pero dime tú si es justo que un hombre que no ha cometido nunca una mala accion, que ha consagrado su patrimonio, su inteligencia, su sangre, á defender una ilusion, si se quiere, pero ilusion al fin noble y generosa, tenga en su ancianidad la pena de ver padecer hambre en una guardilla á su mujer y sus hijos. Dame la mano, Peñalver, dámela. Estaba á dos dedos de la desesperacion, y por tí, amigo mio, vuelve á encenderse el pecho en amor de mis semejantes. (Estrecha una mano á Peñalver con efusion.)

PEÑALVER. ¡Pobre Chinchilla! ¿Té ó café? (Un criado habrá salido momentos antes, trayendo una bandeja con servicio de té y de café.)

CHINCHILLA. Té, té. He almorzado mucho. (El criado sirve té á Chinchilla y Peñalver y en seguida se vá.)

PEÑALVER. Pues señor, has de saber que lo que te sucede proviene del feo vicio en que suelen incurrir algunas personas: el vicio de soñar despiertas. Has vivido en las nubes. ¿Qué mucho que te hayas perdido en ellas? Yo, por el contrario, gusto de andar en tierra firme.

CHINCHILLA. Perdona: ¿á qué llamas tú vivir en las nubes? (Levantándose con la taza en la mano.)

PEÑALVER. Á tener otra moral que no sea la de lo tuyo y lo mio, y otra filosofia que no sea la de dos y dos suman cuatro. Vivir en las nubes es alimentar ilusiones poéticas, seguir el hilo de rutinarias preocupaciones, dejarse alucinar con frases vacias de sentido. Yo que ví á mis semejantes, como tú dices, sometidos á esa esclavitud voluntaria, resolví al punto que pude raciocinar por mí mismo, no ser semejante de mis semejantes.

CHINCHILLA. ¿Qué cosas tienes!

PEÑALVER. Persuadido, ademas, de que así únicamente podria serles útil. Respetando aquellos principios en que á mi juicio descansa verdaderamente el órden social, he hollado siempre sin escrúpulo todas las falsas opiniones, todos los sentimientos vulgares con que esta mísera humanidad se complace desde abinicio en enflaquecer mas y mas su natural flaqueza, en dar á su conciencia motivos de zozobra y dolor y en

redoblar la carga que pesa en sus hombros. Desebarazado el entendimiento, firme el corazon, erguida la frente, he caminado por entre la multitud sin miedo á nada ni de nadie, con el Código en una mano, con una espada en la otra... y aqui me tienes.

CHINCHILLA. El diablo eres, Peñalver.

PEÑALVER. Aqui me tienes, cada vez mas íntimamente convencido de que en echándose á cuestras para el viaje de la vida todo ese farrago de simplezas que engendró la calenturienta imaginacion del vulgo, podrá uno llegar á ser un buen hombre y un grande hombre tambien; pero no un hombre feliz, ni un hombre fuerte, ni siquiera un hombre útil. Y tú eres la prueba. ¿Qué has hecho por tus amados semejantes en treinta años de solicitud congojosa y duros sacrificios? Nada. Los hombres como yo son los que sirven á su prójimo, sirviéndose de él. Yo con mis atroces ideas hago vivir á millares de tus semejantes: tú con tan bellas teorías y con tan dulces sentimientos, ni siquiera puedes hacerte vivir á tí mismo.

CHINCHILLA. ¡Ay! (Dejando la taza en la mesa.) No es esta la primera vez que dudo si habré estado ciego. Quizá digas bien. Quizá seas tú el hombre verdaderamente fuerte.

PEÑALVER. Tenlo por indudable. ¡Yo soy el hombre verdaderamente fuerte! ¡Oh, si conocieses mi vida!... No he tenido mas que una debilidad, una sola. He amado: una vez: á mi mujer. Se la robé á su familia que me la negaba. Fuera de esto, nada, ni un instante de flaqueza. Seguro de mi inmensa utilidad en el mundo, he sido para mí mismo un ser infalible, un ser sagrado, un dios! Dí, Chinchilla: ¿quieres tú ser mi profeta con cuarenta mil reales de sueldo y casa para tí, tu mujer y tus cuatro hijos?

CHINCHILLA. ¡Eh! ¿Qué? ¿Te chaceas? (Con mucho asombro.)

PEÑALVER. Cuarenta mil reales y casa: ¿te conviene?

CHINCHILLA. ¡Antonio... por Dios! Estas no son cosas de broma. No me hagas concebir una vana esperanza. No me des un alégron así, para que despues tenga que llorar un desengaño. ¡Mira lo que me ofreces! Sacar de la miseria á mi mujer y á mis cuatro angelitos. ¡Hartar su hambre! ¡Verlos dichosos!... ¡Pero es que

BIBLIOTECA ALFONSO X

ahora no tengo yo mas sueño dorado ni mas ambicion! La fé del carbonero y el pan de mis hijos! Tú eres padre, Antonio: tú sabes cómo se quiere á esas criaturitas del alma! ¡No juegues con eso, Antonio; no juegues con eso!

PEÑALVER. El trato es formal, y tendrás, ademas, la ventaja de poder volar en tu esfera. Día y noche te ocuparás exclusivamente en hacer bien á tus semejantes; nada mas que en hacer bien á tus pobrecitos semejantes.

CHINCHILLA. Y eso ¿dónde? ¿En qué pais? ¿En la China, en la luna?

PEÑALVER. No: no tan lejos: algo mas cerca de Madrid: en Illescas. Oyeme. Ya he apurado la copa de todos los deleites: estoy en la edad de la ambición y quiero ser diputado: de oposicion, se entiende: diputado ministerial cualquiera lo es. Diputado ahora, y dentro de algun tiempo ministro. Con esta mira, he comprado en Illescas una gran posesion; la mejor del pais. ¿Tú nunca has sido gobernador?

CHINCHILLA. No. ¿Quién lo habia de decir?

PEÑALVER. Pues ahí tienes tu insula Barataria. En ella serás gobernador, administrador... puedes elegir nombre á tu gusto; bien entendido que te has de cuidar poco de mis bienes y mucho de mi candidatura. Eres activo, entendido, simpático: preven el ánimo de los electores en favor mio; háblales de libertad, de progreso. Funda una escuela, un hospital, una iglesia; abre un camino, fomenta la agricultura, dá limosnas en secreto de modo que no haya bicho viviente que lo ignore... haz en fin todo aquello que te sugiera tu fogosa imaginacion y tu acendrado humanitarismo. Te abriré un crédito ilimitado. ¿Aceptas?

CHINCHILLA. ¿Pues no he de aceptar? Un cargo así me viene á mí de perillas! Y con tal que tu color político no difiera mucho de mis antiguas opiniones...

PEÑALVER. ¡Cá! Si yo soy mas liberal que tú... ¡muy liberal! Todo lo inglés me gusta mucho, y sobre todo la cocina y la política inglesa. Tú ya estás en lo razonable: ya te contentas con lo posible; y creo que no me exigirás la abolicion de la esclavitud, ni la comunidad de bienes, ni la felicidad universal... (Chin-

chilla hace señales negativas.) ¿No? Pues entonces nos entenderemos perfectamente.

CHINCHILLA. De fijo que nos entenderemos. Pero dí: ese distrito ¿está ahora vacante?

PEÑALVER. Lo estará muy en breve. El diputado por allá, don Gregorio Molina, se encuentra muy malo. Cosa de dias. Ayer habia junta de médicos.

EL LACAYO. El señor Vidal espera en la antesala. (Desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. Que pase no bien salga este caballero. (Váse el lacayo.) ¿Cuándo te vas á Illescas?

CHINCHILLA. Cuando tú lo dispongas.

PEÑALVER. Cuanto antes, mejor. Vuelve mañana á esta hora, y arreglaremos nuestros planes. (Toma de encima del bufete un billete de banco y se lo dá á Chinchilla.) Hazme el favor de tomar esta friolera, (Chinchilla vacila en tomar el billete.) Á cuenta de tu sueldo. (Chinchilla toma el billete.)

CHINCHILLA. Si me permitieras que te trajese á mi mujer y mis hijos y que los arrojase en tus brazos. (Con mucho fuego.)

PEÑALVER. No, Chinchilla, no por Dios: no te encarames á las nubes. Ya los veré. Hasta mañana. (Alargándole la mano.)

CHINCHILLA. ¡Qué contentos se van á poner! ¡Cómo te van á bendecir!... Mi gratitud, mi... Perdona, ya iba otra vez á subirme á las nubes... Hasta mañana y Dios te lo pague... ¡Dios te lo pague! (Váse llorando por el foro.)

ESCENA IX.

PEÑALVER y FERNANDO.

PEÑALVER. Muy aplánado está. ¡Bá! Efectos de la miseria. Las buenas tajadas le devolverán su antiguo vigor.

EL LACAYO. El señor don Fernando Vidal. (Anunciándole desde la puerta del foro.)

PEÑALVER. (Otro habitante de las nubes.)

FERNANDO. ¡Caballero!... (Entrando por la puerta del foro y saludando á Peñalver. Váse el lacayo.)

PEÑALVER. (¡Cómo se le parece!) (Poniéndose muy serio de pronto.) Sírvase usted de tomar asiento. (Se sientan los dos.)

BIBLIOTECA ALFONSIANA

Señor Vidal, ayer no tuve el gusto de encontrarle á usted en su casa. Veo que ha recibido usted mi tarjeta, y le agradezco mucho que se haya dignado venir á verme.

FERNANDO. ¡Caballero!... (Con frialdad.)

PEÑALVER. Mi nombre no debe serle á usted desconocido.

FERNANDO. ¿Quién no le conoce en Madrid?

PEÑALVER. Pero usted debe conocerlo por motivo especial.

(Fernando se inclina un poco con la misma frialdad que antes. Breves instantes de silencio.) Sabe Dios que no quisiera despertar amargos recuerdos, pero mi conducta habría de ser para usted de todo punto incomprensible, si no le trajese á la memoria que durante algun tiempo fui socio de su señor padre, hará cosa de veinte años.

FERNANDO. Lo sé.

PEÑALVER. Entonces era usted un niño; y no está en lo posible que haya usted conservado de mi persona el menor recuerdo, á menos que despues su familia no le hablase de mí. (Mirándole con la mas viva atencion.)

FERNANDO. Reducíase toda mi familia á una tia anciana que me recogió cuando quedé huérfano. Habia vivido siempre muy sola y abstraída, y no sabia nada de las cosas del mundo: creo que ignoraba hasta su nombre de usted. Tanto ella como yo evitábamos, por otra parte, con igual solicitud, volver los ojos á lo pasado.

PEÑALVER. Era natural. (Como hírandose de una gran inquietud.) Tampoco yo los volveré. Basta lo dicho para que tengan fácil explicacion los sentimientos que respecto de usted me animan. Celebraria infinito poderle servir á usted en algo.

FERNANDO. Mil gracias, caballero.

PEÑALVER. Dias pasados estuve en la Audiencia, y habiéndole oído á usted defender un pleito, entré en curiosidad de saber su nombre y sus circunstancias; curiosidad que allí mismo logré satisfacer. Y me admiró bastante que persona de inteligencia tan peregrina, no hubiera alcanzado aun ni la reputacion ni los bienes á que era acreedor, en mi concepto.

FERNANDO. Usted me juzgó con benevolencia excesiva.

PEÑALVER. No por cierto. Es usted un gran abogado, solo que..

Permítame que le hable con franqueza de amigo. Solo que, al decir de la gente, carece usted de aquella audacia que es indispensable, aun á las personas de mayor mérito, para conquistar un puesto en el mundo. ¿Es esto verdad? Usted lo sabrá mejor que yo.

FERNANDO. Me trata usted demasiado afectuosamente para que yo no le responda con absoluta confianza. Le han dicho á usted la verdad: soy cobarde. Ya comprenderá usted por qué. Mi frente se inclina hácia el suelo bajo el peso de un recuerdo horrible, de un nombre mancillado.

PEÑALVER. No hay que exagerar las cosas. Su padre de usted fué desdichado, no criminal.

FERNANDO. Asi lo creo, caballero; y sin embargo, mi padre quebró, y su memoria es objeto de execracion para cien y cien infelices que le habian hecho depositario de su modesto patrimonio, y que por él quedaron reducidos á la miseria. ¿Puedo yo olvidar jamás, podré yo nunca reparar esta desgracia? Oh, si el repararla estuviere en mi mano, entonces, se lo juro á usted, entonces no me faltaria valor. Pero aun trabajando con el mayor ahinco en mi profesion, ¿cómo alimentar la esperanza de reunir jamás los millones que serian necesarios para devolver la honra al nombre de mi familia; la paz á mi conciencia?

PEÑALVER. Procure usted, por lo menos, cumplir con otros deberes menos dificiles. Deber es de todo hombre emplear dignamente su inteligencia. Permítame usted que le ofrezca ocasion de dar á la suya digno empleo. Tengo á mi cargo, no lo ignorará usted, muchas empresas industriales, y de ellas se origina multitud de asuntos contenciosos tanto en Madrid como en las provincias. Mi abogado, á quien segun creo usted conoce, vá cansándose de trabajar... un viaje le asusta... ¿Quiere usted, á falta de otra cosa mejor, aceptar la mitad de los negocios de mi casa?

FERNANDO. Caballero, lo que usted me ofrece es la opulencia; la opulencia honradamente adquirida. ¿Cómo no he de aceptarla?

PEÑALVER. Mañana le enviaré á usted dos ó tres legajos. (Levantándose. Fernando se levanta tambien.) No hay mas

que hablar.
FERNANDO. Cuánto tengo que agradecerle á usted y cuál deploro haberle tratado con la misma frialdad que á todo el mundo: con frialdad acaso mayor. Al entrar aquí, no sé qué sombra de tristeza... qué tedio inexplicable... ¡Los desgraciados somos tan recelosos!...

PEÑALVER. Y los abogados también, ¿no es verdad? (Dándole un golpecito en el hombro.) En fin, ya me conoce usted: ya somos amigos. Y ahora que tenemos las manos en la masa, ¿quiere usted que le diga todo lo que pienso? Pues bien, caballero, está usted alojado como un estudiante. No apruebo yo la farsa y la charlataneria; pero si estimo indispensable conceder algo á la flaqueza humana, que siempre se deja llevar de las apariencias. Además, la índole de nuestras relaciones exige que se acerque usted un poco á mí. Vamos á ver: el cuarto entresuelo de esta casa está desalquilado. Un cuartito precioso. Es algo caro: diez mil reales: pero los ingresos con que usted puede contar en lo sucesivo... ¿Estamos conformes?

FERNANDO. Ruego á usted que me permita pensarlo un poco. (Algo turbado.)

PEÑALVER. ¿Quiere usted ver el cuarto?

FERNANDO. Oh, ¿para qué? No hay necesidad...

PEÑALVER. Sí: véalo usted. (Hace sonar el timbre.)

FERNANDO. Pero... (Sale el Lacayo y Peñalver le habla en voz baja.) (Diez mil reales... Y luego viviendo en la misma casa, tendria que asistir á reuniones, á bailes...)

PEÑALVER. Vaya usted con ese criado. Supongo que no se me atribuirá la intencion de querer especular con usted. (Sonriéndose.)

FERNANDO. Creo que no. (Sonriéndose también.)

PEÑALVER. Hasta luego.

FERNANDO. Hasta luego. (Váse por el foro seguido del lacayo.)

ESCENA X.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

PEÑALVER. Estaba tan sério al principio que llegué á sospechar...

ENRIQUETA. ¿Ha venido Chinchilla? (Saliendo por la izquierda quitán-

dose los guantes.)

PEÑALVER. Sí.

ENRIQUETA. ¿Y qué?

PEÑALVER. Ya está colocado.

ENRIQUETA. Mucho me alegro.

PEÑALVER. Oye: hoy vendrá á visitarte con su señora un íntimo amigo mio.

ENRIQUETA. ¿Quién?

PEÑALVER. El marqués de Rio Janeiro.

ENRIQUETA. ¡Venir aquí la marquesa! ¡Aquí esa mujer!

PEÑALVER. ¿Estás en tu juicio? ¿Qué significan tales aspavientos?

ENRIQUETA. Tu sangre fria me causa horror. Has debido comprender que á mis ojos no podía ocultarse lo que sucede.

PEÑALVER. ¿Celos, eh? Siempre estás viendo visiones. Dejémosnos de niñerías, y hazme el favor de recibir afablemente á esos señores.

ENRIQUETA. ¿Qué remedio? Esta casa no me pertenece: no tengo derecho para cerrar sus puertas á nadie.

PEÑALVER. Ea: ya estamos en las nubes.

ENRIQUETA. Antonio, no te burles de tantos años de vergüenza, de remordimientos, de lágrimas.

PEÑALVER. Mil veces te he dicho ya que no acierto á explicarme la causa de tus amarguras. ¿Remordimientos? ¿Lágrimas? ¿Y por qué? Hazte mas justicia á tí misma. ¿No eres una mujer honrada, mucho mas honrada que las tres cuartas partes de aquellas cuya suerte envidias? Pues desecha escrúpulos necios y pueriles.

ENRIQUETA. Ah, si tú pudieras comprender los tormentos que paso, quizá tendrías lástima de mí. ¡Te costaría tan poco librarme de este suplicio!

PEÑALVER. ¡Todos los días la misma canción!

ENRIQUETA. Y ¿cómo no he de hablarte siempre de lo que me importa mas que la vida? Si algun bien me debes, si el honor de tu casa ha tenido en mí leal guardadora, si, á pesar de todo, te he querido y te quiero, haz que mi conciencia descanse; haz que sea merecido el homenaje de consideracion y respeto que el mundo me consagra; haz que sin vergüenza pueda abrazar á nuestros hijos. Desagraviemos á Dios, Antonio: sé mi marido: sea yo tu mujer.

BIBLIOTECA ALFONSIANA

PEÑALVER. ¡Enriqueta!

ENRIQUETA. Cada día me parece mayor mi desgracia: cada día siento mas irritada la llaga que me devora el corazón.

PEÑALVER. Vamos, tontuela, tranquilízate y no delires. Tu conciencia no sabe lo que se hace al reconvenirte por una falta, que si falta se puede llamar, no es tuya, sino mía, mía exclusivamente. Cuando accediste á huir de tu casa, creias firmemente, porque así te lo habia asegurado yo, que nuestra union iba á verificarse con arreglo á las formalidades de costumbre. Luego cambié de parecer. Sin dejar de amarte, quise conservar cierta independencia. Con que lo dicho: la culpa es solo mía. Vive en paz, y no te aburras ni me aburras con vanas quimeras.

ENRIQUETA. ¡Quimeras! ¿No temes que los sagrados sentimientos y eternas verdades á que llamas quimeras y que te complaces en ultrajar, se vuelvan un día contra tí, y tomen cruel venganza de tu desden y tus sarcasmos?

PEÑALVER. ¡Ta, ta, ta! Ya conoces mis opiniones acerca de este particular. Soy dueño de mí, no temo nada.

ENRIQUETA. Pero ¿y tus hijos? ¿No quieres á tus hijos? ¿Cómo no se te ocurre la idea de que algun día pudieran maldecirte?

PEÑALVER. ¿Por qué me habian de maldecir? Su suerte quedará bien asegurada, si antes de que yo falte, no me dan motivo de queja. Si se hiciesen indignos de mi bondad, su maldicion me importaria muy poco.

ENRIQUETA. Pero advierte, ya que lo único que á tí te importa es tu propio interés, que si ese mundo de que todo lo aguardas, placeres, riquezas, honores; que si ese mundo supiera mañana que le has estado engañando con audacia increíble, y que al llamarle al salon de tu esposa le llamabas al salon de tu querida, advierte que no me perdería yo sola, que tú te perderias tambien.

PEÑALVER. ¿Es eso una amenaza, mi vida? Pues si lo es, te digo que estás muy engañada. Tú sí te perderias, tú sí: yo no. El mundo es tan severo y cruel para con vosotras, como para con nosotros indulgente y benévolo. Dentro de un par de meses... antes, nadie recordaría mi falta: la sociedad se arrastraría á mis

pies adulándome tanto como ahora... tal vez mas. Cuando gustes, puedes hacer la prueba.

ENRIQUETA. ¡Qué hombre, Dios mio, qué hombre! (Dejándose caer en una silla.)

PEÑALVER. Silencio.

ESCENA XI.

PEÑALVER y FERNANDO.

Sale por el foro seguido de un criado, que se vá en seguida. Peñalver se adelanta á recibir á Fernando.

FERNANDO. El cuarto es precioso, con efecto.

PEÑALVER. ¿Y se decide usted á tomarlo?

FERNANDO. (Animo.) Sentiria que usted...

PEÑALVER. ¡Oh, no. Qué disparate!

FERNANDO. Pues bien, preescindiendo del precio, que es algo subido para mí, otras razones... Francamente: gusto de la soledad. Deseo vivir con absoluta independencia y...

PEÑALVER. No se hable mas del asunto.

FERNANDO. Doy á usted mil gracias por todo y con su permiso... (Alargando la mano á Peñalver como para despedirse y reparando en Enriqueta.) ¡Ah! Está señora...

PEÑALVER. Mi esposa. El señor don Fernando Vidal. (Presentándole á Enriqueta.)

FERNANDO. Creo que he tenido el gusto de ver á esta señora en otra ocasion.

ENRIQUETA. Si; cierto: en casa de un pobre nos vimos dias há. De un pobre que tiene un pleito y á quien usted defiende de balde. Ignoraba su nombre de usted: sus nobles cualidades me eran ya conocidas.

FERNANDO. ¡Señora!... (Oyese en el foro ruido de voces.)

PEÑALVER. ¿Qué es eso? (Yendo hácia el foro.)

BIBLIOTECA ALFONSIANA

ESCENA XII.

DICHOS y CECILIA.

Sale por el foro con un ramito de violetas en la mano, y se acerca corriendo á Peñalver con infantil alegría. Luego vé á Fernando, le saluda ligeramente y baja un poco la voz. Fernando hace un gesto de sorpresa.

CECILIA. Para mí si está. ¿Verdad, papá, que si estás para mí?

PEÑALVER. ¿Qué me quieres, hija?

CECILIA. Antes no pude verte. Mira, te traigo tu ramito de violetas. Ya sabes que hasta que te doy estas flores todos los días, no tengo un instante de sosiego.

PEÑALVER. ¡Locuela! (Tomando el ramo que le dá su hija, y colocándole en un vasito con agua que habrá encima de la mesa.)

FERNANDO. ¡Qué casualidad!

CECILIA. (Si: ¡no me engaño!...) (Mirando á Fernando.)

PEÑALVER. Con que aceptada mi primera proposición, y negada la segunda. (Acercándose á Fernando. Cecilia se acerca y habla bajo á Enriqueta, que permanece sentada muy triste y pensativa.)

FERNANDO. La verdad es que usted tiene razón. Y cuanto mas pienso en ello... No quisiera ser escrupuloso hasta un punto ridiculo; y si usted cree de veras que hoy ya puedo arriesgarme á tomar un cuarto de ese precio...

PEÑALVER. Lo creo firmemente y salgo fiador por usted.

FERNANDO. Entonces... (Mirando á Cecilia, que tambien le mira á él.)

PEÑALVER. ¡Oiga! (Mirando á Fernando y Cecilia.) Lo celebro en el alma... Será usted mi abogado, mi inquilino, y mi amigo tambien, mi amigo sobre todo.

FERNANDO. ¡Ojalá pueda yo corresponder á tantas bondades! No molesto á usted mas. ¡Caballero!... (Dándole la mano.)

PEÑALVER. Hasta mañana, ¿eh?

FERNANDO. ¡Señora!... ¡Señorita!... (Saludando á Enriqueta y Cecilia, que le devuelven el saludo.) ¡Si, ella es!...

CECILIA. (Él es: no hay duda.)

GARCIA. ¡Oh!... (Encontrándose con Fernando cerca de la puerta del foro y dando al verle un grito de sorpresa.)

FERNANDO. ¿Qué? (Deteniéndose.)

GARCIA. Nada... Usted perdone, caballero. (Procurando dominar su emoción. Véase Fernando por el foro.)

ESCENA XIII.

PEÑALVER, ENRIQUETA, CECILIA y GARCIA.

CECILIA. Dime, papá: ¿quién es ese joven? (Corriendo al lado de Peñalver en cuanto desaparece Fernando.)

GARCIA. Señor... señor... ¿quién es ese joven? (Viniendo precipitadamente al lado de Peñalver, dando señales de asombro y turbación.)

PEÑALVER. Ese joven es un joven. (Á su hija.)

CECILIA. Como no me digas mas que eso...

GARCIA. ¿Quién es, señor, quién es?

PEÑALVER. Don Fernando Vidal. (Á Garcia volviéndose hácia él.)

GARCIA. ¡Vidal!

CECILIA. ¿Es amigo tuyo? (Á Peñalver trayéndole hácia sí.)

PEÑALVER. Si: y vá á ser mi inquilino. Ha tomado el cuarto entresuelo.

CECILIA. ¿De veras? (Con alegría candorosa.)

GARCIA. ¡El hijo de mi principal! Me lo habia figurado. Con que está en Madrid!

PEÑALVER. Puedes recoger la cartera.

CECILIA. ¡Quién pensara!...

GARCIA. (¿Será este un aviso del cielo?) (Dirigiéndose hácia la mesa. Coge la cartera y mete en ella varios papeles.)

ESCENA XIV.

DICHOS y CHINCHILLA.

Sale precipitadamente por el foro dando señales de cansancio.

CHINCHILLA. Aquí me tienes otra vez.

PEÑALVER. ¿Pues cómo?

CHINCHILLA. Señora, le debo á usted la felicidad. (Acercándose á Enriqueta.) Señorita... (Saludando á Cecilia.) Verás. Te traigo una buena noticia. He querido ser el primero en dártela. Vengo rendido.

PEÑALVER. ¡Una buena noticia!

CHINCHILLA. Digo buena... Es mala... pero es buena.

BIBLIOTECA ALFONSO X

PEÑALVER. Explicáte.

CHINCHILLA. Casualmente acabo de saber que ese Molina, el diputado por Illescas, ha muerto esta noche pasada. ¡Qué suerte tienes, hombre, qué suerte!

PEÑALVER. ¿Con que al fin triunfaron los médicos?

CHINCHILLA. Si: el pobre señor...

PEÑALVER. Es una pérdida muy sensible... para él sobre todo.

CHINCHILLA. ¿Y no saben ustedes? Es seguro que se vá á declarar la guerra á los marroques. Si no fuera por mi mujer y por mis cuatro hijos, y por tu candidatura...

EL LACAYO. Los señores marqueses de Rio Janeiro. (Desde la puerta del foro.)

ENRIQUETA. ¡Oh! (Levantándose rápidamente y ahogando un grito que se le iba á escapar.)

CECILIA. ¿Qué es eso? ¿Tienes algo, mamá? (Acercándose á ella. Peñalver observa á Enriqueta.)

ENRIQUETA. No, nada, hija mía.

PEÑALVER. Que pasen á la sala. (Al lacayo, que se vá.)

ENRIQUETA. ¡Dios mio, ten piedad de mí, tenla de él!

PEÑALLER. Es preciso que te vayas á Illescas mañana mismo.

CHINCHILLA. ¡Me iré: te haré diputado, te haré ministro!

GARCIA. (Él en esta casa!) (Habrá permanecido cerca de la mesa abstraído en profunda meditacion.)

CECILIA. (¡Él tan cerca de mí!...) (Habrá permanecido á la izquierda pensativa.)

PEÑALVER. ¿VAMOS? (Á Enriqueta en tono afable y mirándola con severidad.)

ENRIQUETA. Si, vamos. (¡Por mis hijos!) (Dirigéense hácia el foro Peñalver y Enriqueta'y detrás de ellos Chinchilla. Garcia y Cecilia permanecen en la escena.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primero.

ESCENA PRIMERA.

PEÑALVER y ENRIQUETA.

Peñalver sentado cerca del bufete escribiendo cartas: Enriqueta de pie enfrente de Peñalver.

ENRIQUETA. ¿No me oyes?

PEÑALVER. Si: te oigo perfectamente. Continúa. (Sin dejar de escribir.)

ENRIQUETA. Pues ya lo sabes: tu hija está enamorada.

PEÑALVER. Un capricho fugaz.

ENRIQUETA. No conoces bien á Cecilia. Los jóvenes mas ilustres y mas ricos de Madrid en vano han suspirado por ella. Al fijarse en un hombre pobre y oscuro, dá señal evidente de la verdad de su cariño. Y no lo dudas: Cecilia es de esa raza de nobles mujeres que aman solo una vez.

PEÑALVER. ¿Y él?

ENRIQUETA. Él está ciego, loco.

PEÑALVER. Se habrá declarado.

ENRIQUETA. No conoces tampoco á Vidal. Antes procura con empeño evitar las ocasiones de ver á Cecilia, y sobre todo las de estar á solas con ella. Díjome ayer que

BIBLIOTECA ALFONSIANA